

Las finas paredes de la vida

Un relato ensayístico
sobre una casa
donde todo se oye,
y un entorno que habla

NINA BURTON

TRADUCCIÓN DE
CARMEN MONTES CANO Y EVA GAMUNDI ALCAIDE



Título original:
Livets tunna väggar

Primera edición: marzo 2022

© 2020 Nina Burton

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

The cost of this translation was defrayed by a subsidy from the Swedish Arts Council,
gratefully acknowledged.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-99-5

Impreso en España

Depósito legal: M-3099-2022

EN PLENA NATURALEZA

Podría decirse que comencé a familiarizarme con la casa desde arriba. El tejado fue lo primero que vieron los obreros, porque había que cambiar la tela asfáltica y terminar el aislamiento. Cuando introdujeron una cámara termográfica en la casita y la orientaron hacia arriba, la imagen se volvió azul lavanda como una noche de febrero. Aquello quería decir que entraba una cantidad ingente de frío. En ciertos puntos se veían nubecitas amarillas entre lo azul y, dado que el amarillo indicaba calor, probablemente se tratara de restos de aislante. Aquellas imágenes me llevaron a cavilar. Aquí y allá por toda la casa había bolitas de aislante, como nubes que hubieran caído del cielo. ¿Cómo habrían acabado allí? No podían haber salido volando, ¿verdad?

Los obreros volverían a final de marzo y, para recibirlos, me quedé a dormir en la cabaña. Era la primera vez y cuando llegué aún persistía el frío del invierno, así que, mientras que los radiadores se calentaban, me di una vuelta por el entorno. La luz ponía de relieve y daba sombra hasta a la piedra más diminuta del suelo ya sin nieve, en el que todo estaba preparado para vestirse de vida. Un carbonero común cantaba encima de unos tusilagos, y un sinfín de cosas se estarían gestando seguramente en brotes y piñas hinchadas de semillas. Tenía la sensación de que me aguardaran mil descubrimientos.

De vuelta en la casa, subí aún más la temperatura encendiendo el fogón. Mientras hervía el agua de los espaguetis, rebusqué entre las cajas de la mudanza del apartamento de mi madre. Todavía quedaba mucho por ordenar, pero decidí que esa tarde me limitaría a descansar y leer. Reinaba un silencio apacible que encajaba a la perfección con el libro que me había llevado: trataba del espacio.

Al fin y al cabo, ahí fue donde se originaron en su día los elementos constituyentes de la vida, de un cosmos que no era más grande que un puño. Durante un segundo extraordinario, se cerró con fuerza en torno a galaxias venideras y a un futuro ilimitado. Después estalló un *crescendo* infinito. De un comienzo palpable surgió una extensión repleta de estrellas que en mil millones de años produjeron carbón y oxígeno, plata y oro y el resto de los ingredientes que la vida necesitaba. Hasta los protones y los electrones de mi cuerpo fueron alguna vez materia o radiación en el Espacio. En términos generales, podía decirse que soy un producto residual de estrellas muertas o quizá una acumulación de sus materias primas, de las que había en abundancia, pues aún hoy llegan a la Tierra millones de toneladas de materia cósmica.

Cerré los ojos y me puse a pensar. Desde la perspectiva del libro, la Tierra formaba parte de un ciclo inmenso de partículas elementales que se podían combinar para convertirse en montañas, agua, plantas o animales. Y mientras nuestras formas pasajeras se iban sucediendo, el sistema solar volvió a dar otra vuelta alrededor del centro de la Vía Láctea. Tardó doscientos millones de años en completar la órbita, que se llamó año cósmico.

En el Espacio, las estrellas y los planetas se desplazaban como las piezas del mecanismo de un reloj enorme. Al igual que todo cronómetro, a veces se desajustaba, de forma que la Luna se va alejando poco a poco de nosotros. Realmente no implica un gran cambio, puesto que solo se trata de cuatro centímetros al año.

A medida que se iban definiendo las proporciones, el espacio fue ampliando las paredes de la casa. Para el astrónomo que había escrito el libro, incluso lo más pequeño contribuía a la imagen completa. Si, por ejemplo, sosteníamos una moneda de una corona a aproximadamente un metro de los ojos, se podrían

esconder tras ella cientos de miles de galaxias y cada galaxia, a su vez, estaría compuesta por millones de estrellas. En nuestra Vía Láctea se encontraban dispersas en un espacio tan inmenso que la luz de algunas de ellas llevaba viajando millones de años. En ese transcurso, las propias estrellas tuvieron tiempo de morir, pero su luz continuaba viva, de una forma similar a como un viejo vinilo contiene la música de artistas fallecidos.

¿Hacia dónde se dirigía la luz? En el Espacio no existía ningún centro. Parecía tener el mismo aspecto en cualquier dirección. Pensé con nostalgia en aquella sonda espacial que enviaron con una imagen de dos personas. ¿No era un poco presuntuoso considerar que esa fuera la información más importante acerca de la Tierra? Y si había idiomas en el Espacio, con toda probabilidad serían de una naturaleza diferente a los nuestros. Era un mundo que habíamos abordado con las matemáticas más que con las palabras.

Una representación más apropiada podría haber sido la grabación de la vibración electromagnética de la Tierra que hizo la NASA. Además, la transformaron en sonido, y cuando oí esa armonía susurrante sin principio ni fin, me conmoví de una forma muy particular. ¿Así era como nos imaginábamos la música de las esferas? Kepler aventuró en sus especulaciones que Saturno y Júpiter eran bajos, mientras que la Tierra y Venus eran altos, Marte era tenor y Mercurio, soprano. Yo no sabía cómo sonaban en realidad, pero, en la versión de la NASA, el canto de la Tierra me transmitió la sensación de las variaciones bellas y a la vez frágiles de la vida del planeta.

¿Se veían estrellas en el cielo? Dejé el libro, me planté delante de la puerta con la chaqueta por encima de los hombros. Según

lo que estaba leyendo, el noventa por ciento de la población de Europa occidental no puede admirar un verdadero cielo estrellado, pues nuestra luz artificial ha ensombrecido el firmamento. Es cierto que en el Espacio domina la oscuridad, pero, ya que estamos hechos de la materia de las estrellas, sería estupendo poder contemplarlas. Solo se vislumbraba el débil parpadeo de la estrella polar a través de la atmósfera.

En cambio, sí distinguí algo más cerca con el rabillo del ojo. ¿No había pasado una sombra a toda velocidad? ¿Habría murciélagos en el terreno? Tenía sentimientos encontrados con respecto a esos animales. Son el único mamífero que domina el aire y su vuelo es de un virtuosismo notable. A diferencia de los pájaros, no tienen plumas sino unas alas de piel desnuda que se tensa entre el pulgar y los cuatro dedos de las manos. Esa piel también se extiende hasta los huesos del pie para ampliar la envergadura de las alas, que no solo es enorme: sus manos aladas se mueven más rápido por el aire que mis dedos por el teclado del ordenador.

Se comunican a través de ultrasonidos velocísimos con los que sondean la oscuridad donde se esconden las polillas. Sin embargo, cuando el contacto se da en una esfera más privada, se relacionan tocándose y chillándose. Por ejemplo, se ha podido observar cómo una hembra de murciélago asistía literalmente en el parto a otra hembra de su familia, primero mostrándole cómo girar el cuerpo para que la cría saliera con más facilidad y después cogiendo ella misma al recién nacido. Recuerda a un parto humano. Así que ¿por qué resultan entonces los peludos y cálidos murciélagos tan extraños? ¿Es porque los asociamos con la noche, cuando nosotros nos retiramos y nuestros sentidos duermen?

Al cabo de un rato, entré y me tumbé en una de las literas. A pesar de ser estrecha, daba una sensación acogedora, casi

como si hubiera habido otra persona en la cama superior. El calor de otros cuerpos suele protegernos del vacío y el silencio desoladores del espacio.

Pero de repente oí un ruido mucho más cerca. ¿No había alguien moviéndose por el tejado? Seguro que no se trataba de un murciélago; entonces, ¿qué podía ser? Como fuera estaba demasiado oscuro para distinguir nada, intenté dormir, aunque estaba deseando que llegara la luz del día.

Y cuando la luz llegó por fin, no fui la única que se despertó. Ahora volvía a oírse el ruido del tejado, parecían pasos ligeros. ¿Sería un pájaro? Cuando salí a hurtadillas para mirar, resultó que el tejado estaba vacío. Sin embargo, detecté algo en la parte trasera de la casa. En la red que iba del tejado a la pared había un agujero enorme. Era como una entrada.

Y aquella entrada mantuvo ocupada mi imaginación mientras trataba de ordenar las cajas de la mudanza que contenían los enseres de cocina. Hacia la hora de comer di una vuelta alrededor de la casa y entonces, por fin, vi a la criatura desconocida del tejado. Estaba estirada en la red de la pared, sumida en lo que parecía una siesta. Los dientes indicaban que se trataba de un roedor y, a primera vista, habría podido confundirse con una rata. Pero la cola velluda sugería otra cosa.

De repente, todo empezó a encajarme. Esa ardilla era la que había sacado el aislante del techo en busca de más espacio para vivir y, desde luego, lo había conseguido. Según la imagen de la cámara termográfica, el roedor debía de tener allí arriba una mansión espléndida.

Me asaltaron varios sentimientos a la vez. Por un lado, teníamos a un intruso que se comportaba como si aquel fuera su hogar. Por otro, siempre me han gustado las ardillas y me había

documentado bastante sobre ellas, y ahora podía distinguir tanto las vibras de las muñecas como los pulgares rudimentarios que otorgaban a las patas delanteras el aspecto de unas manos. Observé la cola peluda, que hacía las veces de timón al saltar entre los árboles y de manta por la noche. Era de una suavidad que se podía sentir sin tocarla.

A juzgar por los genitales que se veían bajo la cola, se trataba de una hembra, y las ardillas solitarias suelen tener una vida difícil. Después del periodo de apareamiento entre los árboles durante la primavera, expulsan al macho de su territorio y luego cuidan a las crías ellas solas. Comprendí lo agotador que puede llegar a ser en una ocasión en la que mi amigo el biólogo encontró una cría que se había caído de la madriguera. Aprendí rápidamente lo que debe hacer una ardilla madre, que es bastante. Las crías tenían que comer cada tres horas y había que lamerles o masajearles la barriga para que empezaran a hacer la digestión. Luego había que sacar a las crías de la madriguera una a una durante un ratito para que su hogar no se convirtiera en una letrina. Era un trabajo a jornada completa, así que el alivio que sentí se multiplicó por dos cuando la madre encontró a su hija. Tal vez se hubiera caído de la madriguera mientras la madre buscaba algo que llevarse a la boca entre una tarea y otra. Difícilmente mejoraría su situación una vez las crías comenzaran a corretear por todas partes y se convirtieran en una presa fácil para halcones y gatos, aunque las ardillas tienen tal sentido de la responsabilidad que incluso se ocupan de las crías huérfanas si son familia.

Sentí una punzada en el corazón. La gente ha cazado ardillas a lo largo de prácticamente toda la historia. Las sacrificaban en la celebración germánica de la primavera y durante el solsticio

de invierno, y sus cuerpecitos brindaban a los pobres alimento e ingresos a cambio de la piel. En el siglo xvi, podían exportarse desde Estocolmo hasta treinta mil pieles de ardilla en un año, y eso solo de uno de los muchos almacenes portuarios que existían. En los últimos tiempos, a las ardillas rojas europeas les había salido competencia por parte de sus parientes grises, que introdujeron durante el siglo xx desde Estados Unidos. Las ardillas grises transmiten un virus al que solo ellas son inmunes y pueden crear verdaderas pandillas de matones que han llegado a morder a perros y niños.

Así que aquel personajillo de color rojo que descansaba en la red merecía un poco de protección. Me alejé con cuidado y cuando volví a la cabaña me senté a leer tranquilamente.

Me resultó difícil concentrarme en el libro, porque no dejaba de pensar en la vecina del tejado. ¿Cómo sería convivir con las ardillas? Lo cierto es que ya se ha hecho. Durante la Antigüedad y el Renacimiento, a las damas les encantaba tenerlas como mascotas decorativas. Seguramente no participaran en la vida aristocrática, aunque en el siglo xviii, un caballero inglés se jactaba de la musicalidad de sus ardillas adiestradas. No le prestaban mucha atención al canto, pero sí que podían golpear el suelo de la jaula enérgicamente al ritmo de la música de cámara. Y una ardilla mantuvo un *tempo allegro* durante diez minutos y, tras una pausa, pasó a un ritmo distinto. Por lo demás, su vida en el ámbito doméstico no debía de ser muy estimulante, en vista de las ruedas que les habían colocado en las jaulas.

Por fin el día volvió a convertirse en noche. A aquellas alturas no podía evitar pensar en la ardilla, porque no paraba de

moverse por el hueco del techo. Al principio me asombraba que lo único que la separara de mí fueran unas tablas. Escuchar sus movimientos me daba una sensación de cercanía, y entendí que los murciélagos pudieran experimentar el mundo aun sin verlo.

Pero, poco a poco, el hecho de oírla empezó a molestarme. Justo cuando me había quedado dormida, volvía a la carga. Estaba claro que le costaba conciliar el sueño, como a mí ahora. Era como tener en la habitación a un niño malcriado. Cada movimiento era una queja de que algo no estaba en su sitio, o quizá que hacía demasiado calor. «¡Duérmete ya!», bufé mientras ella trajinaba por allí arriba. Las ardillas no tienen fama de poseer grandes dotes para la decoración de su hogar, pero tal vez estuviera organizando los trocitos de aislante que quedaran. Si había montado la cama con ellos, seguro que haría demasiado calor. Las ardillas suelen forrar las madrigueras con hierba y musgo, así que es posible que la fibra mineral le irritara las vías respiratorias. De hecho, ¿no era perjudicial para la salud?

La ardilla se rascaba ruidosamente. Lo más seguro era que también le molestaran las pulgas. Sus casas suelen estar llenas de bichos. Yo había tenido alguna experiencia similar bastante fastidiosa, porque una vez unas pulgas se colaron en la cama de mi apartamento a través del conducto de ventilación. Llegaron por el aire, se trataba de pulgas de paloma, y era más que factible que con las pulgas de la ardilla hubiera ocurrido algo así.

Ahora volvía a trotar dando vueltas. Las ardillas marcan el territorio extendiendo su propia orina con las patas a pasitos rápidos para señalar los límites de la zona. ¿Sería eso lo que estaba ocurriendo arriba? Y ¿no sonaba como si estuviera mordisqueando algo? Al igual que otros roedores, las ardillas tienen que desgastarse a diario los dientes delanteros, que no les dejan de crecer.

Sobre las siete, después de haber dormido un sueño entrecortado, oí un chirrido que provenía del techo. Ah, la ardilla se había despertado. Cuando fui a la cocina, la vi asomándose a la ventana, seguramente en busca del desayuno. Mientras me tomaba el café, me puse a buscar unos prismáticos en las cajas de la mudanza para hacerle compañía a distancia. Habría sido imposible observarla más de cerca, porque en ese momento comenzó una función circense. Al tiempo que saltaba con asombrosa elasticidad gracias a aquellas patas como de canguro, la ardilla iba uniendo todas las direcciones con una línea de puntos, igual que un reflejo de sol, de aquí para allá y de arriba abajo. La seguí medio mareada. Las ardillas pueden llegar a saltar hasta cinco metros, pero también puede ocurrir que terminen cayéndose. No obstante, en sus saltos no había miedo ni osadía. Los daba sin tomar impulso, con una agilidad constante.

Finalmente, se detuvo en una rama hacia la que pude enfocar los prismáticos. Había encontrado una piña para desayunar. Mientras que la giraba describiendo espirales con las patas, la iba pelando de una forma tan sistemática que cada cuatro segundos caía al suelo una escama de piña. Se ventiló la piña entera en siete minutos.

Después desapareció de mi vista durante un rato, entretanto yo me vestí y ordené un poco la casa. Más tarde, cuando nuestros caminos se cruzaron en la esquina de la cabaña, me saludó con un movimiento nervioso de la cola. Me dolió un poco, porque yo había sido muy considerada con ella, aunque imagino que estaba acostumbrada a que nadie la molestara. Pero las cosas iban a cambiar. Decidí convertirme en una vecina difícil por las noches. Al igual que todas las ardillas, ella debía de tener varias madrigueras y ahora le tocaba escoger otra. La siguiente vez que la oí por

encima de mí en la cabaña, golpeé el techo con fuerza. Se hizo el silencio allí arriba, y deduje que había entendido la indirecta.

En todo caso, no era mi intención encontrar la vida de la naturaleza en el interior de la casa. Mientras daba una vuelta por la parcela, oí el tamborileo de un pájaro carpintero y me pareció prometedor. Dicen que los bosques con gran diversidad biológica constituyen el mejor hábitat para los pájaros carpinteros.

No es que mi intención fuera ir en busca de rarezas. Podemos encontrar lo extraordinario incluso en un carbonero cantarrín. Ya no es posible verlo como un simple pajarillo encantador, porque desde que se descubrió que los carboneros usan herramientas y planos, se equipara su inteligencia a la de los chimpancés. Sujetan con el pico agujas de pino para entresacar las larvas de las grietas de los árboles, y registran con precisión dónde esconden la comida otros pájaros para robársela. Asimismo, son capaces de dar un falso aviso de la proximidad de aves de presa para alejar la competencia en los comederos para pájaros y, si de verdad tienen hambre, pueden llegar a matar a otros pájaros más pequeños o a murciélagos dormidos. Aunque, por supuesto, también hay especímenes pacíficos, o sea, que el carbonero no se ha convertido en una de las aves más comunes de Suecia solo gracias a su astucia.

De pronto oí un sonido mucho más inesperado. ¿Sería posible en este entorno? Pues sí, allí escuché al pájaro más común del mundo, cuya población triplica la de todos los humanos del planeta. Acababa de oír el canto de un gallo, de modo que algún vecino debía de tener gallinas camperas. Aquello me pareció encantador, casi como de cuento.